



## Capítulo 264 - ¿Dónde terminó Vergil?

El ambiente era indudablemente hostil, pero Vergil permaneció indiferente. Con las manos en los bolsillos, caminó con calma hacia la inmensa puerta de hierro; sus pasos resonaban por el vasto pasillo.

Lo que le sorprendió, sin embargo, no fue el peligro inminente, sino la extraña limpieza del lugar. Para algo que emanaba energía más allá de la muerte, esperaba ruinas, decadencia... pero, en cambio, encontró un entorno immaculado. ¿Quién habría imaginado que tras un portal repugnante y maloliente se escondía un palacio oscuro?

Así describiría Virgilio ese lugar.

El suelo de mármol blanco reflejaba tenuemente la luz espectral de las antorchas, pulido hasta el punto de parecer recién limpiado. El alto techo lucía un acabado digno de una lujosa mansión, elaborado con la precisión de un arquitecto extravagante. Todo allí irradiaba grandeza y sofisticación.

El único elemento que destacaba de esa estética refinada eran las antorchas con llamas moradas fijadas en las paredes. Proyectaban sombras distorsionadas en el pasillo, dotando al espacio de una atmósfera macabra, un sutil recordatorio de que este lugar no pertenecía al mundo de los vivos.

"Bueno... no tiene sentido solo admirarla", pensó Vergil, volviendo su atención a la gigantesca puerta que tenía delante.





Pero en el fondo, no fue la puerta en sí lo que lo atrajo. Lo que lo atrajo fue la energía que había tras ella, susurrando casi imperceptiblemente, como una voz en la oscuridad que decía: «Ven a mí...».

Virgilio siguió avanzando...

Al acercarse, notó algo en las paredes. Entre las antorchas, simétricamente alineadas, se alzaban armaduras de hierro negro, inmóviles y silenciosas.

Se detuvo frente a uno.

—No parecen tan viejos... —murmuró, mientras su mirada aguda analizaba cada detalle de la pieza.

Desde que empezó a vivir con Viviane, era imposible no aprender algo sobre forja. Viola, en particular, siempre insistía en largas conversaciones sobre el tema, y había oído a Viviane explicarles a las criadas sobre su época como la Dama del Lago, cuando forjaba armas legendarias.



Vergil pasó los dedos sobre la fría superficie del metal mientras recordaba sus palabras.

"Lo importante no es sólo el pulido, la rigidez o el maná impregnado... sino la técnica y los detalles...", recitó en voz baja.

Viviane forjó Excalibur. Su conocimiento de la metalurgia trascendió épocas. Si algo entendía, era el arte de fabricar armas y armaduras.

"Un herrero es orgulloso. Cada obra se hace como si fuera la última", murmuró, entrecerrando los ojos al observar los grabados de la armadura.



Había perfección allí.

Cada pliegue del brazo metálico demostró un cuidado meticuloso. La maleabilidad del hierro negro permitió un ajuste preciso al cuerpo, garantizando agilidad de movimiento sin comprometer la defensa.

Esta no fue una creación común y corriente.

"Quienquiera que haya forjado esta armadura... es realmente interesante", dijo, girando la muñeca para observar mejor las juntas. "Me pregunto quién pudo haber hecho un trabajo tan impecable para que terminaran en un lugar como este..." Vergil dejó escapar un suspiro casi divertido.

Quienquiera que haya sido el creador de estas armaduras, no era solo un artesano. Era un artista. Alguien que, incluso en un reino oscuro, había puesto su alma en cada pieza que forjaba.



Vergil se quitó la armadura y continuó caminando hacia la inmensa puerta de hierro. Su mirada analizó cada detalle de la colosal estructura mientras las llamas púrpuras danzaban a su alrededor, proyectando sombras vívidas sobre las pulidas paredes.

Entonces se dio cuenta.

Los grabados en la superficie oscura de la puerta no eran simplemente patrones aleatorios... formaban algo.

Un dragón negro.



La criatura pareció emerger de la oscuridad misma, con sus alas extendidas fundiéndose con los bordes de la puerta, mientras sus afiladas garras se extendían como listas para atacar. La mirada esculpida del dragón era profunda, casi realista, como si observara directamente a Vergil, esperando algo de él.

Levantó la mano y tocó el frío metal.

No pasó nada.

Ninguna reacción mágica, ningún mecanismo oculto activándose, ningún cambio en la energía a su alrededor. Solo el silencio absoluto del lugar, interrumpido únicamente por el crepitar lejano de las llamas de las antorchas.

Vergil arqueó una ceja. "Mmm... ¿esperando una contraseña, quizás?", murmuró, deslizando los dedos por el grabado del dragón.



—Entonces, ¿qué quieres que haga...? —susurró, mirando a la criatura esculpida como si pudiera responderle.

Los ojos del dragón brillaron.

Dos gemas púrpuras incrustadas en el grabado de la criatura latían con una luz siniestra, como si respondieran a la presencia de Vergil. La energía alrededor del portal se agitó, y entonces... un sonido rompió el silencio.

Sonido metálico.

Cambio de metal.



Vergil giró lentamente la cabeza, con sus sentidos ya en alerta.

Tras él, las armaduras negras que antes permanecían inmóviles comenzaron a temblar. Sombras viscosas emergieron del suelo, deslizándose como serpientes negras, arrastrándose por los cascos y las grietas de las armaduras. Uno a uno, los caballeros de hierro cobraron vida; sus cuerpos vacíos ahora estaban llenos de una energía profana.

Lentamente, cada uno de ellos levantó su espada.

Espadas hechas de oscuridad pura tomaron forma en sus manos: armas que pulsaban como si estuvieran vivas, exudando una energía fría y cortante.

Virgilio observó la escena con un suspiro, sacando las manos de los bolsillos.

—Claro... siempre es así —murmuró cansadamente.

El primer caballero avanzó.

Con un movimiento preciso, blandió su espada en un arco feroz, apuntando al cuello de Vergil. Pero antes de que la hoja pudiera alcanzarlo, Vergil simplemente inclinó la cabeza hacia un lado, esquivándola con mínimo esfuerzo.

"Lento", comentó.

Otro ataque vino de un segundo caballero, esta vez con un corte diagonal. Vergil retrocedió, dejando que la espada negra solo cortara el espacio vacío donde había estado un momento antes.





Entonces sonrió. "Creo que entiendo de qué se trata la prueba".

El brillo en los ojos enjoyados del dragón se intensificó aún más. Los caballeros de la muerte cargaron todos a la vez.

Vergil exhaló, ajustando su postura mientras los caballeros de la muerte venían hacia él como una marea de oscuridad.

Sus movimientos eran calculados, disciplinados... pero lentos.

Vergil desapareció de donde estaba y en un instante ya estaba detrás del primer caballero.

¡GRIETA!

Con un solo golpe de su mano desnuda, atravesó la armadura del enemigo, aplastándola como si fuera papel fino. La energía oscura que animaba el cuerpo se retorció por un instante, luchando por resistir... pero entonces, fue atraída hacia él. El caballero se desplomó al suelo como un montón de metal inservible.

El segundo caballero se lanzó hacia él con un corte vertical, intentando partir a Vergil por la mitad.

Sin siquiera mirar, levantó la mano y atrapó la espada negra entre sus dedos.

La espada tembló, intentando cortarle la piel, pero Vergil permaneció inmóvil. Su fría mirada se dirigió al caballero y, con un ligero apretón, la hoja se rompió en miles de fragmentos oscuros.

"Ridículo."





Antes de que el enemigo pudiera reaccionar, Vergil giró y asestó una brutal patada que atravesó la armadura del caballero y lo estrelló contra la pared con un impacto ensordecedor. Su cuerpo se desintegró en sombras, absorbido de inmediato por la presencia de Vergil.

Los demás dudaron por un segundo.

Y entonces todos se abalanzaron sobre él a la vez.

Virgilio desapareció.

Cuando reapareció, ya estaba entre ellos.

¡BAM! Un puñetazo aniquiló a uno de los caballeros.

¡CRACK! Una patada decapitó a otro, haciéndole volar la cabeza.

¡Corte! Con un movimiento rápido, cortó a tres a la vez con una espada negra, invocada solo por un instante, y sus sombras se disolvieron en el aire.

Uno intentó golpearlo por la espalda. Sin siquiera mirar, Vergil extendió la mano y le agarró la cabeza, aplastándole el casco como si fuera un trozo de arcilla. La energía oscura fue absorbida por su cuerpo como si nunca hubiera existido.

Los dos últimos intentaron huir.

Virgilio apareció frente a ellos antes de que pudieran escapar.



Levantó la mano y llamas púrpuras bailaron en las puntas de sus dedos.

"Buen intento. Pero no es suficiente."

Con un chasquido de dedos, un fuego de oscuridad pura consumió a los dos caballeros. Se retorcieron, intentando resistir, pero en cuestión de segundos, no quedaron más que cenizas.

Vergil suspiró, mirando el pasillo ahora silencioso.

La energía de los caballeros, la misma fuerza que había animado esos cadáveres de metal, ahora lo recorría. Podía sentirla, latiendo en sus venas, fortaleciendo su poder.

Se giró hacia la puerta del dragón.

Las piedras preciosas en sus ojos brillaron una vez más, como si reconocieran su fuerza.

Y entonces, lentamente... la puerta comenzó a abrirse.

Las inmensas puertas de hierro crujieron al abrirse, gimiendo como si no se hubieran movido en siglos. Un aire denso se filtraba desde la oscuridad más allá de la entrada, impregnado del aroma a piedra antigua y algo indescriptible... un rastro persistente de muerte impregnaba la atmósfera.

Vergil, como siempre, se metió las manos en los bolsillos y entró sin dudarlo. Su mirada recorrió la nueva cámara, analizando lo que se abría ante él.







Y entonces, se detuvo.

En el centro mismo de ese vasto espacio, una criatura colosal yacía inmóvil.

Un dragón de hueso.

Su cuerpo esquelético se extendía por el suelo, con las costillas expuestas elevándose como las vigas de una catedral abandonada. Sus enormes garras estaban clavadas en el suelo, y su cráneo parcialmente destrozado albergaba colmillos tan grandes como espadas. Restos de magia oscura aún titilaban alrededor de sus huesos, como brasas que luchaban por no apagarse.

Virgilio entrecerró los ojos.

Este dragón no había estado muerto por mucho tiempo.

La energía que emitía, aunque débil, seguía presente. Pero algo... algo la había derribado.

Caminó lentamente hacia el cráneo destrozado de la criatura, pateando uno de sus colmillos caídos para probarlo. Era pesado, denso, lo suficientemente fuerte como para perforar el acero.

"Interesante..." murmuró.

El silencio del lugar era absoluto. Sin guardianes. Sin trampas. Solo ese cadáver enorme.

Entonces lo sintió.



La energía del dragón reaccionó a su presencia: débil pero persistente, como si intentara comunicarse.

La expresión de Vergil permaneció impasible, pero sus instintos se agudizaron.

Algo estaba a punto de suceder.

"Un ser capaz de matar a la muerte... qué divertido."

Entonces lo escuchó: una voz sin género, superpuesta a millones de otras, hablando como una sola.

